

POSICIONES

Círculo Cívico de Opinión
Octubre de 2014

ESPAÑA, LA APUESTA POR LA RENOVACIÓN

Abriendo la puerta a la reforma constitucional

I

La sucesión en la Jefatura del Estado, tras la abdicación del Rey Juan Carlos, que ha presidido uno de los periodos más brillantes de la historia de España, ha marcado el inicio de una inevitable y previsible renovación generacional. Felipe VI marca un punto de inflexión, una frontera entre un antes y un después, no solo en la Corona, sino también en toda la sociedad, sometida a las tensiones que se derivan del contraste entre la tradición y la continuidad, de una parte, y la renovación y el cambio, de otra. Lo que se cierra es el período de la instauración y desarrollo de la democracia nacida en 1978 de la que el rey Don Juan Carlos fue uno de sus más relevantes protagonistas; lo que se abre es un periodo nuevo envuelto aún en las brumas e incertidumbres de todo futuro.

Este tránsito, que en sí mismo no es más que un acto sucesorio previsto por la Constitución, cobra una importancia especial por el momento y las circunstancias en las que se ha producido.

Un momento difícil y unas circunstancias complejas por la irrupción de una triple crisis: una crisis económica, con muy gravosas consecuencias sociales; una crisis de gobernabilidad, y una crisis de liderazgo político y de credibilidad que afecta a todos los actores y de modo fundamental a los partidos políticos. Tres vértices de un triángulo que interactúan entre ellos, reforzando su impacto, como el Círculo Cívico de Opinión ya ha expuesto en el documento *Por un compromiso nacional de regeneración democrática* (POSICIONES, octubre, 2013).

Efectivamente, la crisis económica que ha golpeado a España desde el año 2008 ha devenido en una larga crisis social y

política que está teniendo consecuencias muy negativas para la legitimidad de las instituciones, para la organización territorial del Estado y para todo el proyecto de convivencia de que nos dotamos desde la Transición.

A la crisis del modelo territorial suscitada por el nuevo independentismo catalán, y las carencias y disfuncionalidades de otras instituciones, hay que añadir las señales de alarma provocadas por el conocimiento retrospectivo de graves casos de corrupción política, que nos trasladan una imagen de nuestro pasado reciente muy alejada de la visión autosatisfecha con la que habitualmente lo contemplábamos.

Esto ha provocado una preocupante deslegitimación de las élites, sobre todo de aquellas integradas en los partidos políticos tradicionales, cuyas prácticas de colonización del Estado, financiación irregular y satisfacción de intereses económicos espurios han dado lugar al crecimiento de la desafección política y, como reacción más visceral, a la aparición de nuevas actitudes populistas.

La sensación de malestar con la democracia va acompañada también de un sentimiento de quiebra del contrato social básico que permitía satisfacer mecanismos de solidaridad intergeneracional y realizar pautas de justicia distributiva.

Por unas u otras razones, el hecho es que el debilitamiento del tejido productivo se ha traducido en una crisis social que no conseguirá atemperar pronto el incipiente crecimiento económico. La losa de unos intolerables índices de paro seguirá lejos de reducirse sensiblemente en un plazo razonable, con la correspondiente frustración para un amplísimo sector de nuestros jóvenes, que ve malogra-

das sus expectativas de futuro laboral y su integración social plena; por no hablar de aquellos que fueron expulsados del mercado de trabajo y que, ya sea por su edad o nivel de cualificación, han perdido gran parte de sus esperanzas en volver a acceder a un empleo. Hemos entrado en una preocupante espiral demográfica en la que una parte considerable de la juventud no va poder hacer frente, por su exclusión del sector productivo, a las necesidades de una sociedad crecientemente envejecida.

Es importante señalar que la dimensión y la naturaleza de nuestros problemas no puede ocultarse detrás de mejores datos macroeconómicos. Esos datos no dan cuenta del daño económico y social previo, que ha recaído mayoritariamente sobre la clase media y las capas más desprotegidas, y puede tardar aún varias décadas en ser absorbido.

Por cerrar el círculo, al malestar provocado por estas crisis hay que añadirle la inquietante percepción de estar inmersos en un contexto europeo que, por una parte, constriñe la autonomía de nuestras políticas económicas y, por otra, transmite señales de fatiga y falta de liderazgo e iniciativa hasta ahora inéditas. Europa ha dejado de ser la pócima mágica para resolver nuestros problemas. Sobre todo, porque todos tenemos el convencimiento de que no habrá solución a largo plazo si no renovamos el proyecto nacional dentro de este marco más extenso del que ya no podemos prescindir y sobre el que tenemos que estar en condiciones de influir.

Afirmar que este proyecto demanda una transformación urgente es algo más que un tópico. Es una percepción que, como muestran las encuestas, está bien asentada en la opinión pública. La proliferación en nuestro país de foros cívicos

de diverso tipo da buena cuenta de ello. La sociedad, una vez más, se ha adelantado a los políticos y discute los lineamientos de una democracia reavivada; quiere renovación. No pueden negarse los méritos del período de la Transición, el que ha ofrecido mayores cotas de paz, libertad, prosperidad de nuestra historia, pero lo cierto es que en el imaginario colectivo español se está imponiendo ahora una percepción selectiva más atenta a sus déficits e insuficiencias. Es la hora de la renovación. El cambio en la Jefatura del Estado es un incentivo y una oportunidad para ello. Y, además, está dando ejemplo del camino a seguir.

II

La conclusión lógica de todo lo anterior es que el “tiempo nuevo” que exige España no es algo opcional, sino una necesidad perentoria. La situación está cargada de riesgos que demandan una actuación **urgente**.

La herida infligida sobre la autoestima de una sociedad democrática madura como la nuestra es lo suficientemente profunda como para no poder ser disimulada con maquillaje. Requiere, por lo pronto, un adecuado **reconocimiento de los problemas** para, a partir de ahí, **actuar** decididamente en su superación. Si no se ven o se ignoran, difícilmente podrán ser solventados. Es imprescindible evitar las inercias y la ilusoria confianza en que “ya se irán resolviendo”, en su aplazamiento indefinido, como ocurrió en momentos pretéritos, ahora recordados, con élites sonámbulas que caminaron por el desfiladero de la historia sin tomar conciencia de la profundidad del abismo.

No debemos contentarnos con relatos autojustificativos, pero tampoco caer en el derrotismo. Sin grandes dosis de

autocrítica, los problemas nunca encontrarán una evaluación correcta, pero si esta se aferra a diagnósticos simples o se regocija en el catastrofismo, careceremos del impulso necesario para encontrar y consensuar las vías de salida. Tampoco necesitamos terapias radicales, un cierre tajante con lo alcanzado hasta ahora. Lo que resulta ineludible es una **acción decidida sobre aquello que no funciona**, un adecuado paquete de reformas ambicioso y viable con capacidad para conseguir un acuerdo en la mayoría de la sociedad. Lo urgente es una acción **consensuada** que evite la caída en el ventajismo político, en la utilización sectaria de lo que está en el interés de todos.

El primer paso, imprescindible, es recobrar la legitimidad y credibilidad de la política y, por tanto, promover un programa de fortalecimiento y regeneración democrática pactado entre los grandes partidos. El segundo, también imprescindible, es romper el dilema *statu quo*/rebelión o legalidad/ilegalidad, abriendo el camino a la política y el reformismo. España no puede quedar atrapada entre la inercia de la legalidad existente y la rebelión, por muy cívica que esta sea. De lo que se trata es de avanzar; y, para ello, es necesario reformar. Es responsabilidad de gobierno abrir esa ventana de responsabilidad para la reforma.

III

Estamos convencidos de que la principal carencia de la España de nuestros días, aquello que hemos de tener como trasfondo, es no disponer de una hoja de ruta que señale hacia dónde queremos ir y lo que queremos ser. Sin proyecto colectivo, se pierde el porvenir, y la esperanza por alcanzar un país mejor se torna en la preocupación por satisfacer los

intereses de cada una de sus partes, ya sean estas Comunidades Autónomas o grupos sociales concretos, que tienden a procurarse sus propias vías de “salvación”. El propio auge del soberanismo catalán puede interpretarse en esta misma línea: una Comunidad histórica que aspira a labrarse un proyecto propio porque piensa que participa de un Estado sin futuro, que se ha convertido en un lastre para ella. Lo más probable, en realidad, es que ambas partes saliéramos perdiendo, pero lo decisivo aquí es que tomemos conciencia de que este y otros problemas sólo podrán ser resueltos a partir de la recuperación de la confianza mutua y la creencia en nuestra capacidad de sumar fuerzas para alcanzar fines colectivos, superando la división y las suspicacias recíprocas.

Vivimos en una sociedad que desconfía de su futuro, proclive a la aplicación de medidas defensivas, sin la grandeza de quienes creen en sus propias posibilidades. El camino seguido hasta llegar a esta situación es bien conocido. La cuestión es cómo darle la vuelta. Pero no hay soluciones milagrosas. Sobre todo, porque hoy carecemos de los objetivos que en otra época parecida, la de la Transición, fueron capaces de unirnos en torno a un proyecto casi unánimemente compartido, como fue el establecimiento de la democracia y la plena integración en Europa. Estos fines comunes fueron tan importantes, que consiguieron cohesionar al país y favorecieron el intercambio de concesiones mutuas.

El momento es, sin duda, distinto, aunque los fines no son ahora muy distintos a los de entonces. Cuando antes hablábamos de instaurar una democracia ahora debemos pensar en renovarla; cuando antes perseguíamos incorporarnos a Europa, ahora nos toca implicarnos más en ella para potenciar su capa-

cidad, ejerciendo de motor de los intereses y las aspiraciones de los países que la integran. Un país con capacidad para “reinventarse”, que no necesita poner el contador a cero como en aquel otro momento histórico, porque ya ha sido mucho lo logrado.

Ello supone algo muy distinto de una estrategia que confíe en sortear la crisis económica como resorte para la superación de los otros problemas; sería una salida en falso. La paz, la libertad, la prosperidad no es algo que venga en serie y que pueda ser preservado con piloto automático.

No lo olvidemos: nada está ganado ni dado para siempre. Hemos visto cómo países próximos han caído y retrocedido rápidamente. Nos podría pasar lo mismo. Lo que necesitamos es precisar los objetivos y contar con un liderazgo intrépido y eficaz, apoyado sobre una activa participación de la sociedad civil. Estas iniciativas de abajo a arriba están hoy bien presentes en el cuerpo social y han dado lugar a numerosas propuestas que muestran que la implicación ciudadana no se reduce a la aceptación pasiva de lo dado ni, en el otro extremo, a la búsqueda de soluciones mesiánicas que pongan en cuestión el todo y nos arrojen a aventuras de final incierto.

IV

Como existe amplio consenso sobre las dificultades planteadas, hay que evitar que cada cual ofrezca sus propias soluciones para problemas que son de todos, individual y colectivamente.

El **Círculo Cívico de Opinión** parte de la base de que la definición de esas medidas es ahora menos relevante que el procedimiento a través del cual se lleguen a aceptar. En cierto modo, el trá-

mite hace el fin. Lo importante es que lo hagamos **juntos** y que una amplia discusión pública supla a un supuesto modelo apriorístico al que hayamos de conformarnos. En este sentido, la apertura de una **reforma constitucional** favorecería esa mayor implicación de toda la ciudadanía. Por su propia naturaleza, exige la búsqueda de la negociación y el consenso, y la publicidad aportada por los medios permite sacar a la luz las propuestas de los distintos grupos políticos para que los ciudadanos tomen conciencia de ellas, puedan evaluar sus respectivos movimientos y aportaciones, y les permita participar activamente en el debate. Han pasado ya los tiempos en los que una élite política, por muy plural que sea, se arrogue el protagonismo exclusivo de lo que a todos nos compete. El nuevo empeño sólo podría erigirse a partir del modelo de una "comunidad de ciudadanos", de abajo a arriba, con una importante participación de la sociedad civil y, sería de esperar, con la máxima implicación cooperativa de todas las fuerzas políticas.

Como ya habíamos afirmado en otros documentos, consideramos que la condición para recuperar la confianza en el país y sus dirigentes pasa por abordar conjunta y sistemáticamente tres grandes pactos sociales: institucional, social y constitucional.

1) Un pacto continuado por la **regeneración y revitalización de la democracia**, con todas las medidas necesarias para rehacer la legitimidad perdida por parte de la política y sus titulares. Exigirá, por tanto, una nueva regulación del sistema representativo -partidos políticos, sistema electoral, régimen de incompatibilidades, aforamientos-, de las fuentes encargadas de preservar la transparencia y la ética pública, y, en general, de cuanto contribuya a suturar el distanciamiento producido entre ciudadanía y

clase política, aunque no olvidando los requerimientos de la estabilidad y la gobernabilidad. Sin abrir una ventana de credibilidad al sistema político, todo esfuerzo será inútil, y este esfuerzo de regeneración debe ser visible, consensuado, multipartidista y continuado en el tiempo. Y no debe posponerse a una eventual reforma de la Constitución; hay mucho camino por hacer antes de llegar a ella.

2) Un pacto **social**, dirigido a recomponer la fractura social provocada por la crisis económica. Ello presupone un adecuado análisis del modelo de Estado de bienestar que podemos permitirnos y que tenga la capacidad de alcanzar la mayor cohesión social posible. Aquí, un pacto por el empleo y la sostenibilidad de las pensiones debería ser la prioridad máxima. Si el pacto por la democracia debe devolver la credibilidad en la política, este pacto social debe devolver la credibilidad en el propio futuro y en el de la sociedad que hemos conocido.

3) Todo ello habrá de desembocar en una renovación y actualización del pacto **constitucional**, en una reforma de la Constitución de 1978, una de cuyas dimensiones centrales, pero no la única, es un nuevo pacto territorial y una redefinición del modelo de Estado, que tanto el problema catalán como las muchas otras disfunciones del Estado autonómico han hecho absolutamente imperativo. Será imprescindible la aportación de las diferentes Comunidades y una distribución de competencias en las que se combine la lealtad al conjunto con el más respetuoso reconocimiento de la diversidad. Si la regeneración democrática es urgente, no lo es menos abrir la puerta a esa reforma, único camino para romper la dialéctica estéril en la que parece moverse hoy el escenario político catalán. Pero si es urgente abrir ese camino de la reforma constitucional,

debe recorrerse con cautela, definiendo claramente los temas que deben abordarse y los que no, y buscando el máximo consenso a través del debate y la maduración ciudadana, tarea a la que este Círculo Cívico se compromete sin reserva alguna.

Estos pactos nos parece que marcan la pauta fundamental de la renovación, del nuevo comienzo.

V

El esfuerzo por poner en marcha las medidas que faciliten la realización de estos tres grandes pactos deberá repercutir también sobre dos grandes ámbitos, el **económico** y el **uropeo**.

De cómo renovemos nuestro sistema productivo dependerá la fortaleza del mercado de trabajo y el futuro de nuestro bienestar más general. Las bases para su potenciación están ahí, dado que contamos con importantes empresas y un tejido económico moderno y dinámico.

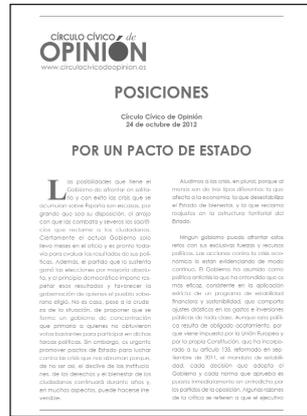
A su vez, la UE es el escenario más general que condiciona y facilita, a la vez, el éxito relativo de nuestra política económica; un escenario que se ha ido convirtiendo en parte de nuestro mismo cuerpo político. Sin una incorporación más plena al proyecto europeo y una eficaz coordinación entre las diferentes unidades que integran el gobierno multi-nivel, no habrá una adecuada solución a casi ninguno de nuestros problemas.

Más España es más Europa, y a la inversa; pero no habrá una Europa mejor si esta no se adecúa a las diferentes necesidades de sus partes y cae en hegemonías nacionales ajenas a sus principios programáticos.

Con todo, nuestra responsabilidad prioritaria es con aquello que hemos de mejorar por nosotros mismos. El desafío es formidable: promover y realizar un **proyecto colectivo** que nos ofrezca una promesa de futuro. No es algo inédito en nuestra historia reciente ni trasciende a las posibilidades de una sociedad madura con voluntad de hacerse con la dirección de su propio destino.



Colección POSICIONES



POR UN PACTO DE ESTADO

Octubre de 2012

ECONOMÍA ESPAÑOLA: TAREAS PENDIENTES

Noviembre de 2012

CORRUPCIÓN POLÍTICA

Febrero de 2013

ECONOMÍA ESPAÑOLA: CORREGIR EL AJUSTE PARA INICIAR EL CRECIMIENTO

Mayo de 2013

OCHO MIL MILLONES DE EUROS DE AHORRO: LA COMPLEJA REFORMA DE LA ADMINISTRACIÓN LOCAL

Mayo de 2013

SUPERAR LA DESAFECCIÓN, RECUPERAR EL APOYO CIUDADANO

Julio de 2013

POR UN COMPROMISO NACIONAL DE REGENERACIÓN DEMOCRÁTICA

Octubre de 2013

CATALUÑA: A FAVOR DE LA CONCORDIA

Enero de 2014

ECONOMÍA ESPAÑOLA: LAS EXIGENCIAS DE UN CRECIMIENTO VIGOROSO

Febrero de 2014

ANTE LAS ELECCIONES EUROPEAS

Abril de 2014

SOCIOS

Miguel Aguiló
Ingeniero de Caminos

Carlos Balado
Subdirector General
Banco Popular

Fernando Becker
Catedrático de Economía Aplicada

Antonio-Miguel Bernal
Historiador

Victoria Camps
Catedrática de Filosofía Moral y Política

Luis Caramés
Catedrático de Economía Aplicada

Adela Cortina
Catedrática de Ética y Filosofía Política

Antonio Cortina
Director Adjunto del Servicio de Estudios
Banco Santander

Álvaro Delgado-Gal
Escritor

Luis Fernández-Galiano
Arquitecto

Juan Pablo Fusi
Historiador

José Luis García Delgado
Catedrático de Economía Aplicada

Jaume Giró
Director General Adjunto
CaixaBank

Josefina Gómez Mendoza
Catedrática de Geografía

Fernando González Urbaneja
Periodista

Rodolfo Gutiérrez
Catedrático de Sociología

Emilio Lamo de Espinosa
Catedrático de Sociología

Cayetano López
Catedrático de Física Teórica

Carlos López Blanco
Director Global de Asuntos Públicos
Telefónica

Alfonso Maldonado
Catedrático de Ingeniería Geológica

Francisco Mangado
Arquitecto

Manuel Martín Rodríguez
Catedrático de Economía Política

Antonio Merino
Director de Estudios y Análisis del Entorno
Repsol YPF

Jaime Montalvo Correa
Vicepresidente
Mutua Madrileña

Santiago Muñoz Machado
Catedrático de Derecho Administrativo

Conrado Navarro
Director de Relaciones Institucionales
Iberdrola

Luis Oro
Catedrático de Química Inorgánica

Eva Piera Rojo
Directora de Relaciones Institucionales
BBVA

Josep Piqué
Presidente del Círculo de Economía

Javier Rupérez
Embajador de España

José Manuel Sánchez Ron
Catedrático de Historia de la Ciencia

José María Serrano Sanz
Catedrático de Economía Aplicada

José Ignacio Torreblanca
Profesor de Ciencia Política

Fernando Vallespín
Catedrático de Ciencia Política

Juan-Miguel Villar Mir
Presidente de OHL

José Ignacio Wert*
Sociólogo

**Sin participación activa mientras desempeña sus actuales responsabilidades como Ministro de Educación, Cultura y Deporte.*

RAZÓN DE SER

1. Tras una exitosa transición desde la dictadura a una democracia ya plenamente consolidada, y tras varias décadas de no menos exitosos procesos de modernización económica, social y cultural, España aborda el segundo decenio del nuevo siglo con un escenario incierto. Sin negar la existencia de ámbitos en los que se han efectuado avances importantes, lo cierto es que sobre nosotros pende todavía la salida a la grave crisis económica, y se percibe un claro desgaste de la confianza en la clase política y una crisis de gobernanza que, según muchos, está provocando una puesta en cuestión del mismo modelo de Estado y favorece el aumento de una cierta "fatiga civil". España, que había tenido un gran proyecto nacional unificador, el de la transición, muestra dificultades para reencontrar una visión clara de su interés general por encima de los intereses partidistas y de las prácticas que se arraigan en otros particularismos.

No es sorprendente que, en este contexto, y pocos años después de haber dado por definitivamente resueltos los problemas que atenazaron a regeneracionistas o noventayochistas, broten aquí y allá proyectos de "regeneración" y que incluso se hable de la necesidad de una "segunda transición": para unos, el modo de superar la primera; para otros, el modo de hacerla finalmente efectiva. Ese ímpetu regenerador pone de manifiesto, en todo caso, que España no ha perdido el pulso y que la sociedad civil se inquieta e incomoda ante el presente, buscando alternativas que nos devuelvan a una senda que se corresponda con un más activo papel internacional y sirvan para generar un nuevo proyecto nacional.

2. El Círculo Cívico de Opinión es un producto más de esa coyuntura de incertidumbre, en tanto que foro de la sociedad civil, abierto, plural e independiente, alejado de los partidos pero no neutro (y menos neutral). Su objetivo es ofrecer un vehículo para que grupos de expertos puedan identificar, analizar y discutir los principales problemas y dilemas de la sociedad española, pero con la finalidad de que esos debates, conclusiones y sugerencias puedan trasladarse a la opinión pública.

Para conseguirlo, el Círculo generará propuestas y sugerencias concretas, que serán sometidas al escrutinio de la opinión pública a través de los medios de comunicación, los clásicos y los nuevos, pues pretende utilizar al máximo las posibilidades abiertas por las nuevas tecnologías de la información, para que su voz pueda ser escuchada y se proyecte hacia afuera. El Círculo parte del convencimiento de que no es bueno que los partidos monopolicen el espacio de la política; ésta debe estar abierta también a otros actores; foros como el Círculo pueden contribuir a ello.

3. El Círculo Cívico de Opinión toma la forma jurídica más simple, la de una asociación, y pretende trabajar con el mínimo posible de financiación y el mínimo posible de burocracia. Fundado por un grupo de ciudadanos preocupados por la marcha de la cosa pública, invita a todos los que puedan estar interesados a sumarse a su esfuerzo, contribuyendo tanto con apoyo económico como –lo que es más importante– con su inteligencia y conocimiento.

CÍRCULO CÍVICO DE OPINIÓN

www.circulocivicodeopinion.es
